

Hugo o de un Emilio Castelar. Pero dijo la verdad: "el patíbulo es siempre un pedestal; en el patíbulo no perece ninguna idea" y dió a Centro América, a la Centro América Ideal que él vivía en su noble pecho, esta suprema lección: "sus patibulos no han consolidado jamás ninguna instituciones, ninguno gobierno, ninguna doctrina". Verdaderamente es alentador que haya sido un costarricense el que formulara en una sentencia imperecedera el más sano principio de la democracia humana.

No es menos constructivo su juicio sobre la eterna cuestión religiosa de los estados modernos. Él ha profesado el principio de tolerancia con una superior bondad de ánimo y con una conciencia serena e inquebrantable; la misma que consagró don Mauro con una filosofía semejante y con una muerte memorable. En su memoria como ministro de culto decía en 1879: "seguir y acariciar la creencia que nos legaron nuestros mayores sin perseguir ni embarazar las disidentes, profesadas con igual derecho por nuestros hermanos en la humanidad y el gran destino de las naciones, es obrar con el espíritu del siglo que apagó las hogueras de Torquemada y que día por día, ha aniquilado las supersticiones, empuja al cristianismo a su pura y primitiva fuente de amor y caridad; es obrar en la inspiración de las doctrinas y divinos ejemplos del que con su sangre redimió todas las sectas redimiendo a todos los hombres".

En la misma asamblea de 1859, el doctor Castro estableció este principio: "no puede ser Presidente de la República ninguno que hubiese obtenido en ella el grado de general".

La república no puede ser indiferente a esta sana doctrina democrática que ella ha vivido como norma constante respecto de su gobierno y que es uno de los motivos que la recomiendan, con justicia, a la admiración y respeto de los extraños: el de que su presidente sea siempre un hombre civil. A pesar de la propensión que tienen los países a rendirle un excesivo tributo a los hombres de armas, acaso por falta de confianza en las propias fuerzas morales de la nación, el régimen de gobierno en Costa Rica ha sido el de hombres civiles. El doctor Castro decía: "si colocar en él poder a ciudadanos de grande ascendiente se ha estimado peligroso al gobierno democrático y lo confirma la historia de muchas repúblicas antiguas y modernas, mayor peligro se corre cuando a esa silla se llaman personas cuya índole se ha formado en el dominio de fuerzas sometidas al principio de ciega obediencia y cuyo influjo sobre esas mismas fuerzas es superior a todo". Y proclamaba con vigorosa voz para que resonara por siempre en la conciencia costarricense: "la espada es enemiga natural de la libertad. Cerrémosle las puertas del poder". El quería para el gobierno de la república, y son palabras suyas: "Ciudadanos dignos y capaces."

La figura del doctor Castro es grande,

con sencilla grandeza de hombre. Yo no he querido llenarla de elogios porque su vida es su propia justificación. Me he propuesto presentarla en su pristina realidad. Se podría decir que los hombres hablan fácilmente. Es posible, pero el doctor Castro no dijo las palabras por el lujo de decir las. El hablar en él fue un signo de su prestigiosa inteligencia. En verdad, lo que él quiso salvar fueron los derechos soberanos de la inteligencia. Hay mucho de transitorio en la vida, pero lo incommovible y permanente es el progreso del espíritu humano. Para el progreso del espíritu de esta república él fundó la universidad. Quien preside hoy, lujosamente nuestra reunión, el licenciado don Benito Serrano, fue uno de los discípulos de la universidad de Santo Tomás. En fecha inolvidable de su vida, le correspondió leer como alumno distinguido una tesis filosófica. Eligió como tema las relaciones entre el pensamiento y la

R ó m u l o T o v a r

materia. Es una humilde tesis, pero está llena de nobleza mental. Ella termina con estas suntuosas palabras, que son un glorioso argumento en favor de la inmortalidad del espíritu y que expresan en una forma exacta y magnífica, la finalidad de este acto: "¿qué otra cosa sino suponer la inmortalidad hacemos levantando monumentos, guardando con respeto la memoria de los bienhechores y trasmitiéndola de generación en generación?"

Sí, el espíritu de la nación es inmortal. Aquellos que han querido promoverlo y cultivarlo, son los héroes imperecederos de nuestra leyenda, mejor dicho los creadores de nuestra historia. Cien años de cultura ya son un tesoro de fuerzas fecundas y vivificantes. Es tiempo de que edifiquemos nuestro Partenón. Ya hay enhiestas columnas morales para su peristilo. Y para ser fieles a la obra realizada por nuestros antecesores, sigamos nosotros cultivando nuestro propio espíritu.

En la peregrinación de Ricardo Rendón...

(Viene de la página 376)

energía. Allí está el único enemigo de los hechos ocurridos bajo el sol. Son treinta, cuarenta, cien hombres, casi mendigos, que rumían mientras los héroes duermen toda la malicia y estupidez de sus acciones. De allí surgirá más tarde el criterio de la ciudad, porque esos hombres son órganos vigilantes de la subconsciencia. La ciudad tiene también una vida cavernaria, organizada monstruosamente, que le sirve de filtro para que en el atropello de la luz y los trabajos de los hombres del día no se deslicen los pecados y las sandeces en interminable y nunca sancionado desfile. Mientras ellos no duerman, mientras Chaplin vague por debajo de las luces de la ciudad, mientras Rendón ausculte el misterio de la subconsciencia ciudadana y saque de entre sus pícaros y miserables la certeza del bien y el mal de los actos humanos, podéis estar tranquilos, porque el órgano universal no podrá descujarse, el orden y el ritmo arruinarse y vencerse, ni venir nada peor de lo que hay ya sobre la tierra.

Solíamos lamentar quienes creíamos tener puesto de privilegio en el ánimo fugitiva de Rendón, que siempre desdeñase nuestras iniciativas y que jamás torciese su lápiz por una ruta determinada por nuestro deseo o nuestra pasión del momento. De igual manera debieron desconcertarse los empresarios del vagabundo londinense de *La quimera del oro*, al ver que nunca surgía por sus indicaciones la mímica o el gesto que se prendiera más tarde en la aturrida memoria de los hombres. Y cómo podía ser de otra manera. Humanos, con contacto humano con los hombres, en lucha con ellos, llenos de rencores y lacerías adquiridas en su comercio, éramos, sin duda alguna, para Rendón contrabandistas del humorismo, que queríamos hacer pasar bajo

ese disfraz la averiada mercadería de nuestras pasiones menesterosas. Desconfiaba de nosotros, y probablemente en su ánimo bondadoso, solía buscar disculpas para nuestras descarriadas aventuras. Pero, para trabajar,—y su trabajo sólo venía después de una ruda peregrinación por el negro vientre de la gran aldea—se documentaba abajo, en el misterio de la noche que aclaraba las marionetas y ponía a descubierto las viles cuerdas de la farándula. Como un ladrón, se encogía en su mesa, donde había siempre hospitalidad sin mantel para el huraño desconocido, y esperaba. Robando aquí una palabra, allí un grito, acá una línea grotesca, acullá un gesto truncado, de todas partes recibía la colaboración de ese mundo deforme, que se le entregaba con confianza, porque creía ver en su taciturna sonrisa una complicidad regocijada con la cristalina franqueza de los humildes de la media noche.

Allí comenzaba a trabajar acumulando materiales. Sólo después de un recorrido y tumultuosa peregrinación por la goyesca ciudad, podía salir aquella página donde toda línea tenía un sentido, donde a pesar de la simplicidad de la forma nos dejaba perplejos el barroco recargo de las intenciones. De allí también nacía su moral diáfana, recta, transparente como el cristal y como el cristal cortante, que lo hacía ser cruel con lo que no encajaba en ella, y que nos lo muestra en ocasiones como Savonarola, quemando toda la podredumbre con el fastidio indefinible de ser también órgano involuntario de toda esa miseria. Relata Stephane Sweig que en la epilepsia de Dostoiewski, en el instante inicial, en el brevísimo segundo que iba del grito a la caída, y que para los hombres de afuera no era sino lo necesario para cumplirse la in-